

EL ESPIRITU DE LOS HIJOS DE DIOS,
ESPIRITU DE LIBERTAD¹
RESPUESTA DE DIOS EN CRISTO

MONS. FERNANDO SEBASTIÁN AGUILAR
Arzobispo Coadjutor de Granada

INTRODUCCIÓN

Antes que nada quiero comenzar subrayando un hecho elemental que debe llenarnos de gozo. Estamos aquí porque somos cristianos. Porque hemos recibido la gracia infinita de la fe. Creemos en Jesús. Él nos ha enseñado a conocer y a amar a Dios como Padre y fuente de vida. En nuestro tiempo y en nuestro mundo, saber que somos hijos de Dios y poder contar con su gracia y sus promesas es una suerte muy grande que debe movernos a gratitud y alegría.

Otro dato que sitúa y aclara la significación de este encuentro es que hemos venido respondiendo a la convocatoria del Papa Juan Pablo II. Desde hace años el Papa está convocando a los jóvenes cristianos para que asuman personalmente la tarea de evangelizar y cristianizar el mundo del futuro, la sociedad, la familia, la convivencia, la economía y las relaciones entre los pueblos. El Papa quiere que seamos capaces de construir un mundo diferente asentado sobre el reconocimiento, colectivo y efectivo de la paternidad de Dios y la realeza de Jesucristo.

¹ Este texto corresponde a la conferencia desarrollada por Mons. Fernando Sebastián en el Forum Internacional de Dirigentes Juveniles que tuvo lugar en Czestochowa dentro del programa del VI Encuentro Internacional de la Juventud con el Papa, organizado por el Consejo de Laicos.

En consecuencia proclamamos que estamos aquí:

- porque queremos profundizar en el descubrimiento de nuestra vocación cristiana;
- porque queremos fortalecer nuestra vocación apostólica;
- porque queremos ser apóstoles de Jesús;
- porque queremos ser constructores de un mundo diferente que responda al proyecto de Jesús y a las aspiraciones profunda de las nuevas generaciones.

Esta llamada y estos deseos los compartimos en un momento decisivo. Se ha derrumbado una configuración política e ideológica de Europa que pretendía decidir definitivamente el porvenir de Europa y de los europeos, que intentó presentarse ante los pueblos del mundo entero como mensaje de salvación, sustitutivo del verdadero Dios y de su enviado Jesucristo.

Está naciendo un nuevo ordenamiento del continente europeo, están a punto de fraguar nuevas relaciones entre los pueblos, hay medios técnicos para establecer en pocos años un nuevo medio de convivencia, una forma nueva de vivir y de estar humanamente en el mundo. Lo que ocurra en Europa depende de lo que quieran o nos dejen hacer los pueblos poderosos de la tierra. En los grandes espacios del tercer mundo, dependerá en buena parte de lo que nosotros hagamos. Por todo esto se puede decir que estamos viviendo un *kairos* en Europa y en el mundo.

Quedan otras barreras que son desafíos y responsabilidades para nosotros. Está la barrera entre el Norte y el Sur, barrera entre la abundancia y el hambre, que es también barrera de cultura y religiones. De manera indivisible pero profunda está la barrera espiritual entre creyentes y no creyentes, barrera entre diferentes formas de entender la vida y plantearse las cuestiones definitivas de la propia existencia.

En este momento tan importante, muchos cristianos, lamentablemente, viven desconcertados: se repliegan sobre sí mismos faltos de confianza, o buscan en la cultura y en los movimientos extracristianos la renovación, la credibilidad y la fuerza convincente de la fe.

Mientras tanto, después del derrumbamiento de la ideología marxista, y aprovechando la inhibición de muchos cristianos, una forma atea y materialista de entender y vivir la vida humana en el mundo pretende imponerse como la única forma racional y moderna de ser hombre, como el único camino para la paz internacional y la felicidad personal. La

democracia se quiere interpretar como consecuencia del antagonismo, de la indiferencia religiosa y moral. El agnosticismo y el relativismo se presentan como la única filosofía capaz de fundar una sociedad tolerante y pluralista. Se nos quiere hacer creer que la convivencia sólo es posible eliminando las dimensiones religiosas y morales de la vida, es decir, al margen de la religión y más en concreto, hablando de Occidente, al margen del cristianismo.

Nosotros, jóvenes cristianos, no podemos aceptar este planteamiento. Porque creemos en Cristo estamos seguros de que en Él, en la tradición cristiana, en la experiencia religiosa de la paternidad de Dios y de nuestra fraternidad en Cristo, hay contenidos y hay fuerza suficiente para rehacer la cultura europea, para superar las viejas enemistades, para poner los fundamentos de una nueva etapa europea y mundial, que sea una etapa de paz internacional, de progreso social, de felicidad personal. El progreso de la humanidad arraiga en la tierra del Evangelio de Jesucristo y cree en el aire del Espíritu y de la esperanza. Si la vida social y política de los próximos decenios llegara a edificarse sobre la religión y sobre el indiferentismo moral, perderíamos nuestras raíces y volverían a crecer las semillas de la división y de la desesperanza.

En estas jornadas, nuestras reflexiones se centran en torno al concepto y a la experiencia de la libertad cristiana. Es una perspectiva desde la cual podemos abordar la cuestión central que se debate ahora mismo en nuestros países: ¿Sobre qué bases podemos y debemos construir el nuevo orden social e internacional? ¿Cuáles han de ser las convicciones fundamentales de la nueva convivencia y de la nueva cultura?

Dentro del lema y del tema de nuestro encuentro, queremos centrarnos ahora en conocer el concepto cristiano de libertad, qué respuesta nos da Dios en Cristo a la necesidad y a la aspiración clamorosa de vivir libremente.

Queremos saber qué contenido tiene el Evangelio de Jesús en este campo profundamente humano y moderno de la aspiración a la libertad. Pienso que en torno al concepto de libertad se puede presentar, de manera atractiva a las nuevas generaciones el contenido original del cristianismo.

Desde el principio de nuestra reflexión podemos decir gozosamente con la Iglesia entera: "El Evangelio de Jesucristo es un mensaje de libertad y

una fuerza de liberación... La liberación cristiana es ante todo y principalmente liberación de la radical esclavitud del pecado" ¹.

La experiencia demuestra que es posible presentar a los jóvenes de hoy una visión atractiva y exigente del mensaje de Jesús y de la vida cristiana a partir de la experiencia y del concepto de libertad y liberación cristiana. Con tal de hacerlo de manera orgánica, respetando la originalidad e integridad de la revelación y aceptando gustosamente las directrices marcadas por el Magisterio de la Iglesia.

I. DESCUBRIMIENTO CRISTIANO DE LA LIBERTAD

Como en tantas otras cosas, en esta cuestión de la libertad, la fe cristiana nos reserva una gran sorpresa. Querer descubrir la verdad de nuestra humanidad desde la fe cristiana es como contemplar desde lo alto de una montaña el espectáculo de nuestra propia tierra.

1. *El punto de vista de la fe*

Nuestra primera preocupación es situarnos a la altura del punto de vista de Jesús, sentir a Jesucristo como parte de nuestra propia humanidad, dentro de nosotros mismos, verdadero punto de mira interior de nuestro ser personal. Yo soy yo solamente cuando me veo y me vivo desde Cristo Jesús.

Y esto sin metáforas ni exageraciones. Porque la humanidad de cada uno de nosotros incluye de alguna manera la humanidad de todos los hombres. Sólo contando con la humanidad vivida por los demás puedo yo descubrir y vivir las riquezas de mi propia humanidad. Y dentro de esta humanidad histórica que es realmente mi propia humanidad está Jesús, su historia, su vida, sus palabras, sus hechos, su experiencia de Dios como Padre y su amor por nosotros hasta la muerte, su muerte y su resurrección como fuente de vida para todos los que crean en Él. Él es patrimonio posible, y por eso mismo, patrimonio obligado de la humanidad, de la conciencia y del proyecto personal de cada hombre.

¹ Congregación para la Doctrina de la Fe, *Algunos aspectos de la "teología de la liberación"*. Proemio.

Y ya, encaramados en esta cumbre que es la vida en Cristo, descubriremos la verdad del hombre como "imagen y semejanza de Dios", una imagen que la ha realizado Él mismo viviendo como Hijo en su presencia, unido a Él por el amor del Espíritu.

El Concilio Vaticano II lo expresó hermosamente: "El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, ...manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación... En Él, Dios nos reconcilió consigo y con nosotros, y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado... Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible"²

En este primer momento de nuestra reflexión podemos afirmar que Jesús es la expresión perfecta de la humanidad del hombre, como imagen de Dios en el mundo, una semejanza que es posible porque vivió ante Dios como Hijo suyo, movido siempre por un espíritu de obediencia y de amor filial: "El Padre y yo somos una misma cosa"; "yo hago siempre lo que le agrada"³.

Jesús, que es el hermano mayor entre muchos hermanos, ha venido a descubriarnos esta dignidad de nuestro ser hombres como verdaderos hijos de Dios. Pero nos ha encontrado perdidos, alejados, olvidados de esta condición nuestra. Los hombres, espontáneamente, no vivimos en el mundo como hijos del dueño de la casa, sino como esclavos, dominados por el temor, excluidos del disfrute de los bienes adquiridos por el padre, privados del gozo de la convivencia con Él.

2. Esclavitud y libertad en el Antiguo Testamento

La acción de Dios y de Cristo en favor nuestro se ha expresado en la Revelación como un paso de la sujeción del esclavo a la libertad de los hijos⁴.

² Concilio Vaticano II, *Constitución sobre la Iglesia en el mundo*, n. 22.

³ Cf. los discursos de Jesús en Jn 5; 8; especialmente 8,29; 10,30.

⁴ Esta metáfora de la esclavitud contrapuesta a la filiación, empleada por Jesús para expresar la situación real del hombre respecto de Dios y de sí mismo, es un recurso muy frecuente en el evangelio de Juan, con abundantes resonancias veterotestamentarias; cf. Jn 8,33-36.

Ya en el Antiguo Testamento, el Pueblo de Dios se vio como un pueblo de esclavos, sin tierra ni casa propias, sin libertad para vivir ni para alabar a Dios, sin la capacidad de dirigir su vida ni de disfrutar del fruto de sus trabajos. Dios lo liberó de la esclavitud como prueba de su amor (Ex 1-15), y lo volvió a liberar de la esclavitud de Babilonia, después de haberle dejado sentir las amarguras del exilio y del despojamiento (Is 40-55).

Dios se convierte en el *Goel* de su pueblo. Es decir, algo así como el hermano mayor, el tutor o padrino, el que tiene que salir a favor del pariente necesitado y desgraciado. Dios es quien mira por nosotros y nos salva en cualquier adversidad.

La experiencia de las sujeciones profundas hace que surjan en Israel otras expectativas, la esperanza de una liberación más honda que acabe con las cautividades interiores de las que las otras son sólo un símbolo, una consecuencia. ¿Quién podrá librarnos de nosotros mismos, de nuestra debilidad moral, del temor a la muerte, de las mil amenazas que nos acechan en el plano personal y moral, en el campo de las relaciones humanas y sociales, en esta vida terrena donde todo está dominado por el poder universal e indiscutible de la muerte? El AT es el tiempo de las muchas preguntas sin respuesta. En este sentido es el tiempo que mejor expresa la situación del hombre que busca, pero que todavía no ha alcanzado la gracia de Dios en Cristo⁵.

3. *Jesús creador y mensajero de libertad*

A lo largo de la historia de los cristianos hemos podido ver a Jesús de muchas maneras. La riqueza y la abundancia de su vida permite descubrirla y exponerla desde muchos puntos de vista, con la seguridad de que nunca lograremos captarla ni exponerla de manera exhaustiva.

Leyendo atentamente los evangelios y los escritos de los Apóstoles podemos decir que Jesús vive su vida humana como un hombre admirablemente libre, creador y difusor de libertad. En ningún momento se puede decir que Jesús sea un hombre manipulado, sometido a los imperativos del

⁵ Pueden verse con gran provecho los párrafos que la Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertad cristiana y liberación* dedica a exponer la doctrina bíblica sobre la libertad en el Antiguo y Nuevo Testamento, n. 250ss.

ambiente. La vida de Jesús aparece como nacida libremente desde dentro de Él mismo, de sus propias experiencias y convicciones.

Desde sus primeros años Jesús reivindica para sí la libertad de dirigir su vida según sus inspiraciones interiores (Lc 2,49). Sus enseñanzas no se someten a los imperativos del ambiente: "se os dijo, pero yo os digo" (Mt 5,20ss). La gente percibía la originalidad y la autenticidad personal de su testimonio y de sus enseñanzas (Mt 7,28-29).

De ninguna manera se puede decir que Jesús aparezca como un hombre conformista, configurado por el ambiente, sometido a la imposición de lo que hay a su alrededor. Más bien, Jesús aparece como un hombre profundamente original, diferente, que vive muy cerca de sus conciudadanos, pero que a la vez les sorprende con un estilo de vida y una manera de expresarse profundamente original. La vida de Jesús no es vida copiada del ambiente, sino vida de sus experiencias y convicciones personales, vida profundamente original y libre.

La originalidad de Jesús no es arbitraria ni caprichosa. Él quiere ser fiel a una verdad profunda que ilumina interiormente su conciencia. En el Sermón de la Montaña que recoge la substancia de la predicación de Jesús, hay una referencia de fondo que lo justifica y explica todo; somos hijos de Dios, Él nos ama y tenemos que aprender a vivir de Él, en el amor, en la misericordia y en la esperanza. El evangelista san Juan nos ayuda a entrar con respeto en la conciencia profunda de Jesús: Jesús quiere vivir de acuerdo con la voluntad amorosa de su Padre; de Él aprende a vivir en el amor gratuito y universal, como forma suprema de vivir, se siente amado por el Padre y en este amor descubre su solidaridad de amor con todos los hombres.

Toda su vida es la respuesta libre, generosa y creativa a esta experiencia fundante de la paternidad de Dios y de su filiación consubstancial. Él vive como Hijo de Dios en el mundo, por eso mismo se siente hermano de todos los hombres, responsable de todos, cercano a todos los dolores y a todas las esperanzas, fuerte y fiel ante las dificultades, generoso y compasivo con los pecadores, con los que sufren, con los que le abandonan⁶.

⁶ Puede ser un ejercicio muy provechoso recorrer el evangelio de san Juan buscando los lugares en los que se nos hace perceptible la conciencia y la libertad original de Jesús. Señalo solamente algunos más importantes: el discurso sobre la obra y la actuación del Hijo en el cap. 5; la filiación y la misión son los puntos centrales de la

El Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que Él hace. Se puede decir que la experiencia del amor de Dios Padre sobre Él es la fuente radical de donde Jesús aprende humanamente su forma de ser hombre en el mundo, viviendo humanamente su filiación personal y constitutiva. Filiación y misión son los componentes profundos de la conciencia de Jesús, la respuesta a esta experiencia del amor de Dios sobre Él es el manantial de su libertad creadora. Respondiendo fielmente a su vocación de Hijo, Jesús crea una nueva humanidad, una forma libre de vivir y de ser hombre en el mundo, que nace desde lo más hondo de su ser y se armoniza con los demás en el amor fraterno, un amor que es responsabilidad, misericordia, fortaleza, según requieren las circunstancias y necesidades de sus hermanos necesitados.

Desde la experiencia de su filiación la libertad de Jesús es radicalmente gratitud, alabanza, adoración, amor, obediencia. Jesús es libre cuando predica, cuando libera a los demás, cuando perdona, cuando acepta la muerte en Getsemaní, cuando se nos da como precio de nuestra salvación, cuando se abandona a la bondad del Padre en las oscuridades de la muerte (Lc 23,46).

Su libertad mantenida en la fidelidad y en el amor, a pesar de todos los poderes del mundo y de los horrores de la muerte, es la fuente definitiva de nuestra libertad, de la libertad de todos los hombres; es la iluminación y la liberación de nuestra libertad humana en sus mismas raíces. Jesús resucitado es el hombre libre que consigue por el poder de Dios el éxito de su libertad. Desde entonces, la fe que nos une a Jesús, es la fuente más radical y más firme de liberación humana y de verdadera libertad. Podemos ser libres apoyándonos y adhiriéndonos por la fe en la humanidad glorificada, libre y liberadora de Jesús.

4. La libertad liberada y plenificada, en Cristo y por Cristo

Con Jesús comienzan otros tiempos. Con él vivimos otra situación, se ha inaugurado otra época de humanidad, plena y definitiva.

El Evangelio de Jesús comienza por descubrirnos la profundidad de nuestra esclavitud. Podemos estar sometidos a muchas trabas externas que nos impiden ser libres, podemos estar privados de los medios que necesi-

conciencia de Jesús, y el origen de su profunda libertad frente a cualquier determinismo social y cultural. Cf. Jn 6,38; 6,57; 8,16-18; 8,31; 11,41-42; 12,38; 14,11; 15,9; etc.

tamos para ejercitar nuestra libertad, pero en cualquier caso, la libertad es una cualidad de nuestro ser humano, de nuestra vida personal, de esta vida que nace de dentro con nuestros pensamientos, con nuestros deseos, con nuestras decisiones y actuaciones.

Jesús nos dice que lo que nos esclaviza de verdad es lo que está dentro, lo que nos impide ver y actuar según nuestra verdad y la verdad de nuestros deseos verdaderos. Nuestra esclavitud es consecuencia del pecado (Jn 8,34). La experiencia de la vida en Cristo nos descubre con profundidad nueva la terrible verdad de nuestra esclavitud y la belleza de la libertad redimida y engrandecida, que Cristo nos promete y comunica.

San Pablo analizó y desarrolló el pensamiento de Jesús diciéndonos que somos esclavos del pecado (Rom 6,6), que corremos el riesgo de vivir dominados por el pecado (Rom 6,11-14), vendidos al poder del pecado, como verdaderos esclavos que tienen que sobrevivir lejos de su tierra, obligados a no ser ellos mismos (Rom 7,14).

Los hombres que permanecen culpablemente fuera del Reino de Dios, viven sometidos al poder de la muerte, encerrados bajo el poder del pecado por el temor a la muerte (Hb 2,14-15), sometidos a la fuerza de una ley y de unas instituciones, hechas por hombres, que pesan sobre nosotros, pero no son capaces de traernos la verdadera salvación (Gal 3,23; Rom 6,15). Sin el horizonte de una realidad superior, el hombre se cierra sobre sí mismo, sobre los bienes caducos de su propia existencia humana. Sin la fe en Dios el hombre se hace cárcel y carcelero de sí mismo.

Los tres poderes: el pecado, la muerte y la ley (o las instituciones) son las argollas que traban nuestra libertad interior, las falsas ilusiones que oscurecen nuestra mente y no nos permiten desplegar las alas de nuestra verdadera existencia.

San Pablo a esta forma de vivir en el mundo, dominada por el temor de la muerte y el amor ilimitado a los bienes de la tierra, la llama "carne", existencia carnal. Es una existencia esclavizada en la que no se puede servir a Dios ni gozar de sus dones (Gal 5, 24; Rom 7,5; 8, 4.9-12). Una forma de ser hombre vaciada de substancia, falsificada, una existencia alienada y frustrada, retorcida sobre sí misma y olvidada de la vida eterna.

Su grito de angustia y de rebeldía es el grito de todos los hombres honestos que quieren ser libres de verdad: "¡Desgraciado de mí! ¿Quién

me libraré de este cuerpo sometido a la muerte? Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Rom 7,24).

La respuesta de Dios está contenida en las palabras de Jesús: "la Verdad os hará libres" (Jn 8,32). ¿Qué verdad puede hacernos libres si la esclavitud la tenemos pegada a nuestro propio cuerpo, si está metida en nuestra carne, si nace de la oscuridad de nuestra mente y de la torpeza de nuestros deseos? Sólo la verdad de Dios que es Jesús y que por el don del Espíritu se mete dentro de nosotros. Jesús es la verdad que nos libera interiormente, Jesús es la fuente y la garantía de nuestra libertad humana, de nuestra libertad de hijos.

5. La libertad de los hijos de Dios

Dios Creador y Redentor no nos quiere esclavos. Nos ha hecho para que seamos imágenes suyas en el mundo, para que seamos hijos con Jesús y como Jesús. Es más, Dios nos ve y nos quiere dentro de Jesús, a través de la humanidad de Jesús, metidos en Él, revestidos de Él, renacidos y rehechos dentro de Jesús por la fuerza del Espíritu de Dios, que hemos recibido y compartido con Él (Gal 5,1-6).

Muriendo en la cruz, viviendo en la obediencia y en el amor hasta la muerte, Jesús rescató la humanidad entera, la humanidad de todos los hombres, de la servidumbre del pecado. Él consiguió para todos la capacidad de ser hijos de Dios, de vivir en el mundo tal como Dios nos tenía pensados y queridos en Él antes de la creación del mundo (Ef 1,4).

A partir de Jesucristo los hombres somos hijos de Dios, hemos recibido un espíritu de hijos. Ya no estamos en la casa de Dios, que es el mundo, como esclavos, paralizados por el temor y asustados por el castigo. Somos hijos, vivimos en el mundo como quien está en casa de su padre, en su propia casa, sin miedo, sin temor, disfrutando de los bienes de nuestro Padre, dándole gracias continuamente, honrando su nombre y su memoria con nuestra alegría y con nuestras obras buenas. Cada vez que invocamos a Dios como Padre dejamos de ser esclavos y nacemos a la verdadera libertad ⁷.

El que se decide a dejar de vivir encerrado en las ambiciones del mundo, el que escucha la Palabra de Dios y acepta la llamada de su

⁷ Cf. Rom 8,14-17; así como los lugares de Juan ya citados, capítulos 5 y 8 del Evangelio; 1 Jn 3.

gracia, abriéndose por la fe a las promesas de la vida eterna, recibe el Espíritu de Dios, entra en la vida nueva de los hijos, pasa de la esclavitud a la libertad soberana de los hijos de Dios (Gal 5,1-15).

Esta libertad es un don de Dios, iniciado en la creación, deteriorado por el pecado, redimido y devuelto por Cristo, que se comienza a vivir en este mundo por la gracia de Dios y el don del Espíritu, y que llegará a su consumación en la vida eterna y perfecta de la resurrección. La libertad es también un don escatológico, que vivimos ahora anticipadamente en la esperanza. Una esperanza que no nos distrae de los asuntos terrenos sino que nos permite vivir el presente con la hondura y la perfección de la vida futura y total⁸.

La libertad humana ha sido ensanchada y profundizada por Jesús. Gracias a la fe podemos descubrir y realizar nuestra propia libertad humana con unas dimensiones permanentemente nuevas, recibidas de la gracia y del amor de Dios en Cristo.

Apoyados en Cristo, nuestra libertad humana, viva desde la fe, es una libertad que:

1. Nace del reconocimiento de Dios como Dios de gracia y de misericordia;

2. Se abre a la libertad de los demás en un amor solidario y fraterno, responsable y misericordioso;

3. Se afirma desde su propia raíz interior, como surgimiento auténtico de sí mismo, en la verdad, sin falsificaciones ni perversiones, sin temor a la vida ni a la muerte; una libertad liberada desde dentro de sí misma;

4. Una libertad recibida de Dios en la creación, devuelta y consumada gratuitamente por medio de Cristo y por el don interior del Espíritu Santo;

5. Se despliega en la verdad por el amor en las mil manifestaciones innovadoras y originales de la vida cristiana: piedad, obediencia, perdón, fortaleza, generosidad, magnanimidad.

La libertad cristiana es la capacidad de vivir en la presencia de Dios, conforme a la verdad de nuestra vocación, revestidos del Hombre Nuevo que es Jesucristo, por la fuerza del Espíritu Santo, rehaciendo la vida

⁸ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre la libertad cristiana y liberación*, n. 58.

entera en el amor, mientras esperamos su venida gloriosa y la humanidad nueva de la resurrección.

II. PRIMERA REFLEXIÓN SOBRE LAS ENSEÑANZAS BÍBLICAS

Si ahora queremos detenernos a repensar estas afirmaciones de la Escritura podríamos analizarlas de esta manera.

1) Mientras los hombres no reconocemos a Dios como Padre y no ponemos en el punto central de nuestros deseos y nuestra esperanza los bienes de la vida eterna, andamos a ciegas, no conocemos nuestra propia verdad, y por eso mismo no podemos desarrollar nuestra existencia de forma consistente. Nos perdemos y nos enredamos en la maraña de las cosas que no sabemos tampoco cómo entender ni cómo usar en favor de una humanidad que no comprendemos. El mundo entero es una cárcel oscura donde resulta imposible ser libre y en el que las mejores intenciones se enredan y se asfixian. En un mundo sin Dios el hombre vive oprimido por el miedo a sus propias obras; la cultura, la técnica, los sistemas sociales pueden siempre convertirse en enemigos para el hombre. Sólo la fe y la confianza en Dios nos libran del temor⁹.

2) Por la fe en Jesucristo y por la comunión con Él nos abrimos a la comprensión de nuestra más profunda verdad. Él es la luz de la vida. Más que luz. El Jesús viviente de la resurrección ha sido exaltado por Dios como principio de vida para todos lo que creen en Él (Hb 5,9). Su cuerpo espiritual está dentro de nosotros y actúa como una fuente de vida, dándonos su propio Espíritu, el Espíritu de Dios, para que seamos capaces de amar la verdad que somos, la verdad en la que vivimos, capaces de gustar las maravillas de Dios, de disfrutar con su presencia, capaces de vivir ante Él con la rectitud y la santidad que corresponde a los hijos. El Espíritu de Dios es un Espíritu de la verdad, Él nos da la capacidad interior de situarnos gustosamente en la verdad auténtica, la verdad de Dios, no la verdad pretendida y falsa que nosotros podamos inventarnos y pretender como si fuéramos creadores, dioses, de nuestra propia verdad. La humani-

⁹ Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, n. 15.

dad glorificada de Jesús es como el nuevo universo en el cual está nuestra verdad y nuestra realidad.

3) La fuerza amorosa del Espíritu aplicada a la raíz de nuestra voluntad nos devuelve, curada y engrandecida, la libertad perdida. Por el Espíritu que Jesucristo nos da, somos capaces de vivir felices en la presencia de Dios¹⁰. Somos capaces de entender y realizar nuestra existencia como Dios la piensa y la quiere, somos capaces de vivir erguidos en este mundo, como reyes, como dueños de cuanto Dios ha creado para nuestro bien, sin dejarnos dominar ni cautivar por ninguna de sus criaturas, sin crear mitos ni fantasmas que luego quieran asustarnos o esclavizarnos.

4) Esta libertad es la libertad de Dios en nosotros, la libertad de Jesús. O por mejor decirlo, una participación humilde pero verdadera de la libertad de Jesús que le viene de Dios. Somos libres porque vivimos en Él, revestidos y configurados por Él en la profundidad de nuestra mente. Somos libres porque desde Cristo podemos vivir en la profunda verdad de nuestra propia humanidad, de la humanidad de los demás, de la naturaleza de las cosas del mundo. Y desde esta verdad somos libres amando el bien, compartiendo, junto con Cristo, las obras de Dios en favor de la vida, en favor de los hermanos, sosteniendo el mundo y multiplicando con Él la alegría y la felicidad de la vida verdadera. Esta es la verdadera libertad, la libertad redimida del cristiano. Este es el anuncio del Evangelio de libertad que es el Evangelio de Jesús.

Antes de llegar a la fe éramos prisioneros y vivíamos encarcelados (Rom 11,32); pero Cristo nos ha liberado para que disfrutemos de una verdadera libertad (Gal 5,1); esta libertad que Cristo ha adquirido para nosotros es una libertad amenazada que tenemos que saber defender y conservar (Gal 5,2); es una libertad que consiste en vivir anclados en la fe actuando siempre con amor, en alabanza de Dios y sirviendo a los demás generosamente (Gal 5,6); una libertad que fructifica en obras de

¹⁰ Todas estas ideas pueden verse magistralmente expuestas en la *Instrucción sobre la libertad cristiana y liberación*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cap. II, "Vocación del hombre para la libertad y drama del pecado". Mediante el ejercicio de su libertad el hombre llega a ser causa de sí mismo, pero sólo puede hacerse a sí mismo en cuanto se acepta como lo que es, como imagen e hijo de Dios. La pretensión de ser creador de sí mismo, sin referencia a ninguna esencia objetiva previa a sus propias decisiones, sin reglas morales objetivas, como se afirma en las filosofías ateas, aparte de ser una equivocación, es una fuente de frustraciones y desesperación.

amor, de alegría, de paz y amabilidad, de bondad, de humildad y dominio de sí mismo. Quien vive en Cristo anda por estos caminos y aquí ya no hay ley que impida crecer y actuar, todo es pura libertad para gloria de Dios.

5) Esta libertad de los hijos de Dios libera al mundo y al universo entero de la sujeción y el falseamiento al que están sometidas las cosas por el pecado. La creación entera espera poder disfrutar de la libertad espléndida de los hijos de Dios (Rom 8,21).

Las creaturas del mundo, desde dentro de sí mismas, reclaman a su manera el ser entendidas y utilizadas para el bien del hombre según los planes de Dios. De otra manera no logran ser reconocidas en lo que son, ni mostrar el esplendor y la belleza que llevan dentro. La libertad humana condiciona la realización del ser profundo de las cosas, facilita o impide el esplendor de su ser, la manifestación de la sabiduría y el poder de Dios que está en ellas para el bien del hombre.

6) La expresión tan corriente de que "mi libertad termina donde empieza la de los demás", si bien se mira es una expresión pagana, incompatible con la experiencia cristiana de libertad. Por otra parte no tiene consistencia ni resiste un análisis crítico. Debajo de esta expresión hay una concepción individualista y solitaria de la persona, una visión solitaria de la libertad, germen de las incompatibilidades y posibles agresiones. Si las cosas fueran así, uno tendría siempre la tentación de ensanchar su propia libertad reprimiendo los ámbitos de libertad de los demás. La libertad cristiana es en sí misma social, acogedora, solidaria con la libertad de los demás. Las libertades de los hombres se abren unas a otras, se encuentran, se solidarizan en el amor, que es acogida, perdón, solidaridad, generosidad, fidelidad y fortaleza, con esperanza. El mundo humano, visto y vivido cristianamente, no es un mundo de hombres libres, solitarios y desconfiados, sino un mundo de hermanos que se acogen, se respetan y se ayudan en su libertad y desde su libertad.

7) La libertad no es un fin en sí misma, es una cualidad de nuestro ser que debe cualificarlo todo, que nos permite vivir siendo protagonistas y responsables de nuestra propia vida, a la vez que colaboramos en la de los demás. Esta forma de ser nos obliga a vivir en función de un proyecto de nosotros mismos y de los demás que corresponda a la verdad, que tenga en cuenta los condicionamientos de nuestra existencia, que se mueva en

consonancia con las fuentes del ser y de la vida. Vivir libremente es vivir en la verdad y en el bien procurando siempre el desarrollo de la vida y de la felicidad. Por todo ello la plenitud de la libertad no es separable del reconocimiento de Dios y de la existencia en Cristo.

8) Podemos decir que la libertad humana, entendida y vivida desde la fe de Cristo, es una libertad:

- personal, que nace desde dentro de nosotros mismos;
- una libertad social y compartida por el amor;
- escatológica, que se realiza plenamente sólo en la vida eterna, que vive aquí como pendiente de aquella suprema realización, alimentándose y sosteniéndose por la esperanza de su plenificación final;
- recibida gratuitamente de Dios y vivida a la vez creativamente por cada uno de nosotros;
- que se vive como arrepentimiento y penitencia respecto de uno mismo, y como perdón y misericordia respecto de los demás;
- no incompatible con la obediencia, sino que es en sí misma obediente, amorosa, acogedora de la realidad y de las mediaciones que nos descubren y comunican la plenitud del ser y de la vida que viene de Dios;
- creativa de un futuro siempre abierto, superior a todas formas posibles de cansancio y de hastío, siempre renovada y renovadora, siempre abierta e ilusionada, siempre esperanzada y responsable de creaciones nuevas. Por la gracia de Dios.

III. ÚLTIMAS CONSIDERACIONES PARA EL MOMENTO PRESENTE

1) Los hombres estamos hechos para ser libres, para actuar con conocimiento y con capacidad de decisión, sintiéndonos dueños de nuestro destino, autores de nuestra vida, protagonistas de nuestra historia. Esta libertad es como la síntesis de todo lo específicamente humano, conocimiento, juicio, superioridad y soberanía. En suma, espiritualidad y personalidad. Tiene razón el hombre cuando reclama su libertad como atributo indeclinable de su humanidad.

2) Los cristianos podemos asumir sin dificultad esta aspiración de los hombres contemporáneos, que es una aspiración esencial de los hombres

de todos los tiempos. Nuestra misión es saber descubrir detrás de este clamor la mano de Dios, los dones de Dios que Cristo vino a rescatar y llevar a plenitud. La obra redentora de Cristo tiene que ser continuada, extendida y consumada por medio de la Iglesia cuya misión es ahora nuestro compromiso y nuestra obligación.

3. La Iglesia conoce y proclama la grandeza de la libertad humana: "La orientación del hombre hacia el bien sólo se logra con el uso de la libertad, la cual posee un valor que nuestros contemporáneos ensalzan con entusiasmo. Y con toda razón... La verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre. Dios ha querido dejar al hombre en manos de su propia decisión (Eclo 15, 14) para que así busque espontáneamente a su Creador, y adhiriéndose libremente a Él, alcance plena y bienaventurada perfección. La dignidad humana requiere, por tanto, que el hombre actúe según su conciencia y libre elección, es decir, movido e inducido por convicción interna personal y no bajo la presión de un ciego impulso interior o de la mera coacción externa. El hombre logra esta dignidad cuando, liberado totalmente de la cautividad de las pasiones, tiende a su fin con la libre elección del bien y se procura medios adecuados para ello con eficacia y esfuerzo crecientes. La libertad humana, herida por el pecado, para dar la máxima eficacia a esta ordenación a Dios, ha de apoyarse necesariamente en la gracia de Dios. Cada cual tendrá que dar cuenta de su vida ante el tribunal de Dios según la conducta buena o mala que haya observado" ¹¹.

En los tiempos presentes la Iglesia se siente guardiana y defensora de la libertad de los hombres: "A veces la verdadera libertad del hombre no consiste en lo que algunos sistemas o personas consideran libertad; por eso mismo la Iglesia, por razón de su divina misión, se hace custodia de esta libertad, que es la condición y el fundamento de la verdadera dignidad del hombre" ¹².

4) El ejercicio auténtico de la libertad tiene que corresponder a la realidad del hombre tal como es en la mente de Dios y podemos nosotros percibirlo con la iluminación de la fe:

¹¹ Concilio Vaticano II, *Constitución sobre la Iglesia en el mundo*, n. 17.

¹² Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, n. 12.

- Somos creaturas, no inventamos nuestra existencia, no creamos la naturaleza de las cosas. Estamos en una realidad previa, que nos sobrepasa, que nos envuelve. Nuestra libertad tiene que apoyarse en la verdad de las cosas, conocerla, interpretarla, respetarla.

- Nuestra libertad es para participar y colaborar en el ser de las cosas, en nuestra propia existencia. Somos libres para colaborar con Dios en la realización de nuestra existencia, para ayudar a ser a los demás, para compartir con Dios el gozo de sostener y multiplicar la vida. Esta actitud de comunicar y compartir la vida es el amor: nuestra libertad se realiza a sí misma como libertad en la verdad que actúa por la fuerza del amor.

- Esta libertad está herida por el pecado, necesita ser curada del error y del egoísmo, por la fe en Cristo y la caridad del Espíritu Santo.

- La misericordia de Dios que nos perdona y nos permite arrepentirnos de nuestros pecados y enmendar nuestra vida, es como la consumación, la comprobación y el realismo de nuestra libertad. El arrepentimiento es la libertad de nosotros mismos y de nuestro propio pasado. Aquí se ve como el amor de Dios que nos da la vida y nos perdona es fuente perenne de libertad. Ser libre es responder al amor de Dios que nos llama a ser: Aquí estoy Señor, para hacer tu voluntad (Hb 10,8-10).

- Aun curada, nuestra libertad es frágil, puede equivocarse, necesita guiarse constantemente por la voz de la conciencia que es como la voz de Dios que resuena dentro de nosotros; esta luz de la conciencia tiene que ser ayudada y sostenida por la mediación de la Iglesia, participando personalmente en la fe común, la fe de los Apóstoles, la fe de la comunidad católica, interpretada y promulgada por el magisterio de la Iglesia, libremente aceptado como una iluminación de la conciencia personal. La mediación de la Iglesia es garantía de verdad y purificación permanente del egoísmo, verdadera escuela de auténtica libertad en Cristo¹³.

5) La libertad del hombre así entendida supone la actitud fundamental de búsqueda permanente de la verdad, aceptación humilde de la realidad

¹³ Cf. Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, n. 12.

conocida como signo de la voluntad de Dios y camino de realización para nosotros ¹⁴.

6) Las libertades civiles son el reconocimiento de la dignidad suprema del hombre como ser libre, el respeto a su vocación y a su llamada para hacer responsablemente su propia vida personal, en relación con los demás, en la verdad y por el amor, según los juicios de su conciencia, en actitud permanente de buscar la verdad y de obedecer sus mandatos, en búsqueda de una plenitud que se inicia en este mundo, pero que la humanidad no puede alcanzar sino mediante el encuentro con el Dios de la Alianza y de la gracia ¹⁵.

7) Estas actitudes personales tienen que configurar la vida de la sociedad entera: las creencias, los usos, los valores y aspiraciones culturales, las leyes y las instituciones sociales, la vida entera de las naciones y de los pueblos. La libertad cristiana se realiza y actúa en el amor fraterno. Liberar es lo mismo que ponernos en condiciones de vivir amando a Dios y amando a los hermanos. A partir de este amor fraterno los hombres pueden y deben regenerar el orden social entero, con la fortaleza de la esperanza y la generosidad incansable del amor de Dios que actúa en nosotros y por medio de nosotros ¹⁶. La instauración de la libertad en el mundo de la vida social, económica y política, requiere evidentemente la mediación de muchas realidades temporales; pero no puede prescindir de la liberación interior de los hombres y de su conversión a la verdad de Dios.

¹⁴ Esta concepción cristiana de la libertad está en el origen de las enseñanzas de los obispos españoles sobre la función de la vida moral en el orden social. Cf. Conferencia Episcopal Española, *La verdad os hará libres* (Madrid, EDICE, 1990).

¹⁵ Estas líneas están desarrolladas en el Decreto conciliar *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa considerada como un derecho del hombre nacido de su condición personal de hijo de Dios que debe ser reconocido como un verdadero derecho civil en todos los ordenamientos civiles y políticos. El Papa Juan Pablo II ha comentado ampliamente estas enseñanzas del Concilio en su magisterio. Cf. p.e. la *Carta sobre la Jornada internacional para la paz* (1 de enero de 1991).

¹⁶ Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre la libertad cristiana y liberación*, n. 71: "Devolviendo la verdadera libertad al hombre, la liberación radical realizada por Cristo le confiere una encomienda: la práctica cristiana, que lleve a su realización el gran mandamiento cristiano del amor".

8) Cuando faltan estas disposiciones o se les niega desde el poder su capacidad para manifestarse e influir en la vida pública, la vida social se corrompe sin remedio, nacen y crecen costumbres y leyes que expresan y fomentan actitudes pecaminosas, que con nombre de libertad destruyen al hombre, sometiéndolo a la tiranía de los intereses de unos pocos que se sirven de las esclavitudes instintivas del pueblo para imponerle su propia tiranía.

10) De este modo podemos decir que el desarrollo de una sociedad libre plenamente humana no es posible sin el reconocimiento de Dios o por lo menos en un clima de búsqueda de la verdad última del hombre en un clima auténtico respeto hacia la libertad profunda del hombre que vive buscando su verdad definitiva.

11) Desde aquí se vislumbra la importancia de la misión de la Iglesia en la sociedad: despertar en los cristianos el verdadero sentido de su libertad, para que ellos, actuando como ciudadanos, de acuerdo con su experiencia cristiana, sean capaces de crear una sociedad en la que se reconozca plenamente la libertad profunda de los hombres y estos se vean estimulados a ser hombres y mujeres libres, en el respeto a la verdad de la vida mediante la fuerza comunicativa y generosa del amor verdadero, a partir de una libertad radical vivida en la verdad de Dios y por la fuerza de su Espíritu.

Esta es hoy nuestra misión y nuestra responsabilidad: en una sociedad donde todo el mundo reconoce y busca la libertad, nosotros nos tenemos que presentar como amigos y defensores de la libertad, de una libertad profunda y verdadera, que nosotros podemos conocer y vivir gracias a nuestra fe en Cristo, y que debemos ofrecer a nuestros compañeros porque esta libertad que hemos recibido de Cristo y que vivimos en la Iglesia no es ni más ni menos que la libertad humana, engrandecida por Cristo y ofrecida por Él a todos los hombres. Nosotros sabemos que las ideologías, los sistemas políticos, la abundancia de bienes de consumo, no traen la libertad. La libertad nace de nosotros mismos por obra del Espíritu de Jesús, y de esta libertad interior tienen que nacer las instituciones y las realizaciones de la libertad para todos.